

Belenes

ASENSIO SÁEZ

Todavía hoy la estética barroca del belén, con su más o menos aparatoso despliegue escenográfico, continúa venciendo a la solución funcional que conlleva la gustosa aceptación del portal a secas, un tanto soseca, la verdad por delante, estampa protagonizada exclusivamente por el trío sacro del Niño, José y María, con la anodina compañía, tan de agradecer, por otra parte, de la mula y el buey.

Una inevitable pregunta acecha: ¿Cabe en la arquitectura actual –pisos prefabricados por medio, así como colmenas uniformadas– la tradicional hechura del belén, con su despliegue de falsas orografías, norias y molinos, lagos y ríos, teatrales escenas, del todo imprescindibles, tales la llamada popularmente *anuncia* de los pastores avisados por el ángel, la posada o la degollación de los inocentes por Herodes ordenada desde la puerta de su castillo o palacete? ¿Qué arquitecto puesto al día llega a contar en su pro-

yecto de nuevas viviendas con el cuarto destinado exclusivamente al belén, a sabiendas que sus habitantes, atendiendo a la imparable demanda de la modernidad, para dejar oportuno sitio a ordenador, impresora, conexión con Internet, etc., habrán de mandar a la tía Encarnita, tan abundantemente entrada en kilos, al trastero o la leonera?

Uno recuerda de la pasada niñez –¡la de lluvia desde entonces caída!–, su antigua casa de pueblo, con habitaciones cargadas de muebles pertenecientes a varias generaciones, generosas estancias en una de las cuales, muchos días antes de Navidad, se iniciaba lo que podríamos llamar *operación belén*, trastocado de sitio un pesado baúl o una monumental arca casi de Noé, para buscar la idónea colocación de tabloncillos sobre los que en su momento habrían de levantarse falsas montañas y correr ríos de papel de estaño, paisaje en el que Dios volvería a ser Niño entre malacates y castilletes de dobles ruedas,

porque el mío era, que ya no es, un pueblo minero, y se sentía orgulloso de contar con una Navidad típica, esperada con golosas ganas, tantas que, llegado Adviento, las llamadas cuadrillas de Pascua, recorrían distintos itinerarios nocturnos, dándole a la pandereta, a la zambomba y al guitarrón, al aire sus típicos villancicos:

Cuando la mula descubre lo bonito que es el Niño, dice a la vaca: «Yo voy a cantarle un fandanguillo». Digamos con alegría: «¡Viva la bota y el vino y la mata que lo cría!».

Decíamos. Independientemente de los belenes que podían ser llamados oficiales, promocionados por ayuntamientos y parroquias, algunos ciertamente espléndidos, prevalece afortunadamente la costumbre, en verdad plausible, de montar el belén familiar. Libros y folletos editan las asociaciones belenísticas a

favor de su oportuna ejecución. Nadie se desazona si, llegado el caso, no alcanza a conseguir la soñada perfección. Que se sepa, antes de la maestría escenográfica de un belén, importa la decisión que lleva a montarlo, más hoy, inmerso quien más y quien menos en un mundo insolidario en el que tantos descreimientos tienen cabida y en el que parte importante de nuestra cultura popular es derrotada por toda suerte de baratas zafiedades y casposas ramplonerías, a tantos empujando a ámbitos imprevistos en los que todas las permisividades se abren paso pero en los que, sin embargo, llegada la Navidad, un Niño de barro, coronado por un alambre pintado de purpurina, se decide desde su cuna a ser panacea para muchos entuertos, centro de fraternidades y concordias, manantial de todas las esperanzas.

Asensio Sáez es escritor y pintor